Galteta

ILUSTRADO, POLÍTICO Y MERCANTIL DIARIO

Ceruña 47 de Julio de 1885

Rosalia Castro.

— Quién eres tu y qué te falta?
—Soy un barde aleman; cuando hablan allí de los princeros pronuncian mi nombre. Me falta lo que à muchos en Alemania; cuando hablan allí de los desgraciados repiten tambien mi nombre,

H. Heine.

El viajero que bajando de Santiago á Padron, dejase a su derecha la antigua colegiata de Iria y siguiese por el agres-te y solitario camino que flanquean-do pequeñas colinas y á través de pra-dos eternamente verdes, conduce á la aldea de la Arreteu, situada en una estribacion del Miranda, llegaria bien pronto al portaion que da entrada al pa-tio y casa señorial de los Castro, y es valladar y límite y cabeza de la rústica poblacion que se estiende á sus piés. La nueva vivienda, fiel refiejo del manoir breton, ocupa sin duda alguna, el mismo espacio que la vieja fortaleza, desde la cual se defendían aquellas gargantas y vigilaban al mismo tiempo los vasallos lievadores de las contiguas heredades. Poco se necesita, al ver aquel edificio para comprender que más de una y mas de veiute generaciones se criaron bajo sus techos.

La nueva morada, que conserva to-davía la disposicion, los detalles, el aire de la casa solariega de la docima sesta centuria, es lo que se dice, un palacio campesino del siglo XVIII. En el, las dos arquitecturas, renacimiento y es-tilo restaurado, se dan la mano á través de doscientos años. La arcada que sostiene el balcon, tiene el sello característico de las construcciones gallegas de mediados del siglo pasado. La misma capilla en que campea un escudo con la fecha de 1585, es tambien del estilo que he denominado de los maestros de obras. Pero lo nuevo y lo viejo, lo que pertene-ce á tiempos más lejanos y lo que casi nos corresponde, se unieron y compenetraron de tan intima manera, y tomaron tal aire de vetustéz, que su solo aspecto delata a primera vista, la vieja y gloriosa casa feudal, grata al poeta y al historiador, porque, como ser vivo nos habla del pasado con voz más elocuente que las mitmas crónicas à las cuales se ha fiado el recuerdo de los que habita-ron las extensas salas, las vastas soledades, y los lugares confiados á su paternal gobierno.

Al entrar en el patio y subir la escalera de piedra que da entrada á la ya olvidada vivienda, nos ganan de golpe las tristezas que producen siempre en nuestra alma los supremos abandonos. Reina el silencio apenas turbado por el chillido de los pajaros, que al veros entrar abandonan espantados la vieja cornisa por donde paseaban gravemente. Hallase alli algo de la austera y santa soledad solo posible dentro de los antiguos monasterios, de los cuales eran hermanos por el destino, los castillos y viviendas senoriales. ¡Mas ay! cuando el hombre se acerca à semejantes ruinas en pié ó no, les igual—siéntese como tocado de la tristeza de que están llenas. Flotan sobre ellas no se sabe qué de frio y muerto que aflije profundamente. La nada de las glorias humanas es mas que nun a visible. Y en vano los altos robles, llenan de sombra y de rumores el bosque umbrio o se recortan en el horizonte; en vano la fuente desborda sobre el pilon sus aguas y los vientos suspiran en las grandes salas, en otros tiempos pobladas de voces armoniosas, nada turba aquella paz solitaria que es su nimbo, pero nada es capaz tampoco de borrar la penosa impresion que su sola vista despierta en las almas sensibles. Ocurre preguntarse que quedará de nosotros, cuando los que parecian eternos no son ya mas que cosas que duermen en el olvido.

Cuentan los marinos, que cuando un buque está próximo à su ruina, las ra-tas que pueblan la bodega abandonan el viejo casco: así hicieron los nobles de segundo orden. Dejaron de vivir entre los campesinos que eran sus hijos, y de su amor que era su fuerza, perdiendo de este modo un poder que descansaba en el bien que hacian y en no per-mitir que se hiciese el mal. Aquellos hogares en que durante miglos se encendió un mismo fuego, y que eran re-fugio de una familia que no se estinguia jamas; aquellas casas de donde no se salia sino en busca de la gloria y á las cuales no se volvia más que en demanda de la paz y de la muerte, están hoy vacias y desiertas. Faltan las águilas, y en el nido abandonado no se calientan los polluelos. Batidas por todos los vientos y todas las desgracias, están en pie como para decirnos que aun hay mayores soledades, que aun hay ruinas más tristes y elocuentes que las que aque-llas mudas piedras encierran y delatan,

y son las que se anidan en el corazon del hombre, é igual que las vengativas Euménides lo devoran y atormentan. Porque, si no es para eso, ¿para qué en-

Esta antigua casa como todas. Al perder sus hijos un poderío que ya no ejer-cian, perdieron hasta el instinto de conservacion. Huyeron asustados de su propia tumba. Inútiles ya, cambiaron de hogar para morir más desconocidos, y nada, aada los recordaría si una muger de su raza—reuniendo en sí todas las perdidas energías y renovando las pa-sadas aptitudes—no hubiese hecho inmortal aquel antiguo apellido, y sagra-do aquel origen, pues lo llena y cubre con los resplandores de su génio.

Pero esto no fué sin tomar para si tambien to las las desgracias propias de las familias que perecen. Desde sus primeros años, estuvo ya materialmente entre la vida y la muerte; parecia llevar en su corazon los secretos terrores que sintió su madre todo el tiempo que la tuvo en sus entrañas. Bajo estos cielos que le son tan propicios, en estas risue-nas llanuras de Iria Flavia, al pié de las colinas que las cercan, y orillas de las corrientes que las fecundan, hubiera pasado su vida, si los primeros contratiempos, no la hubiesen obligado álmar-char a la triste ciudad en que había nacido (1) y á la cual tornaba para hacer de ella su única pátria y la pátria de sus hijos. Atrás dejaba los recuerdos de la infancia y sus primeros cielos risueños. Siempre que las durezas del invierno compostelano, sus aires fríos y continuas lluvías la ponian al borde del sepulcro, en el que tantas veces tuvo ruesto su pie, tornaba a sus alegres vegas y se bañaba en sus tibiezas y vivia de sus claros resplandores. Respirando estas brisas que llevan á un tiemqo en sus alas el perfume del campo y el de las clas, los heridos pulmones se renovabas. tomaban nueva fuerza; y la que llegaba semejante à una planta que se inclina y agosta, se levantaba y reverdecia, tornando á la vida, á las ilusiones de la juventud, á todo cuanto de risueño llena á su hora el corazon de las doncellas. Parece que aquí, hajo estos mismos cielos en donde, como en otro tiempo, buscó ahora su dulce refugio, tenía que realizarse siempre el prodigio de su infancia, y que estas llanuras,- como el viejo se-pulcro sobre el cual la pusieron moribunda y la devolvió viva—tenian para ella la misma virtud'y renovaban. cuan-

do era preciso, el antiguo milagro.

La existencia es, en verdad, bien facil
para todos aquellos a quienes las contrariedades de la vida no fatigan demasiado; mas, ¡cuán pesada carga para los que persigue la desgracia, y cuanto mayor todavía para los que marchan suspendidos sobre el abismo de sus propios

pensamientos! X si el alma atormentada es la de una mujer?... Bien puede dectrse entonces que sus sufrimientos no han de tener limite, que las penas se duplican al caer sobre su corazon, que sus lagri-mas, lejos delser para ella un consuelo, llaman con doble fuerza à las nuevas lagrimas. Quien las conoce? quien las cuenta? à quién interesan? Quien es ni qué împorta, asi sea la más ilustre, así la más desconocida? Qué otro camino, sino el de la muerte, ve ante sus ojos? La misma notoriedad ino es para ella un pe-

ligro?

Por mas que la comparacion sea vulgar, siempre se dirá de la mujer que, co-mo la violeta, tanto mas escondida vive, tanto es mejor el perfume que exhala. La mujer dehe ser sin hechos y sin biografia, pues siempre hay en ella algo à que no debe tocarse. Limitada su accion al circulo de la vida doméstica, todo lo santifica desde que entra en su hogar.

Tiene en la tierra una mision de los cielos, y su felicidad debe consistir en lienarla sin vanagloria ni remordimientos. Trasládase toda entera a sus hijos, vive en su corazon, sin que sus penas sean otras que las que los hieren con ellos se relacionan.

Y si esto es verdad, ¿qué decir de quien no hizo otra cosa que soportar los múltiples golpes que la maltrataron y á cuanto amaba en la tierra? Si se refirieran con su terrible verdad los sufrimientos experimentados, antes, ahora, en todo tiempo, bien se veria qué pocos dias defelicidad contó, cuán largo y duro fué su cautivervio, y de qué manera inusitada los contratiempos doblaron alma tan enérgica y apasionada. Cómo la fueron á bascar al silencio de su casa y al apartamiento de su voluntario destierro, hiriendolalen medio de sus hijos, ausente el que era su amparo, cuando

(1) Natió en la casa del Camino Nuevo, que hace esquina à lacarretera de Conjo, casa que, siendo propiedad de lo: abuelos idel Sr. Rom. ro Ortiz, es posible que habiese nacido en ella tambien aquel hombre público. En Padron vivió en la calle que lleva et nombre del poeta más insigne que produjo este pueblo, del autor de Stervo libre de amor.

creian que el golpe que la asestaban era el único que faltaba para morir! ¡Dicese que así prueba el cielo á sus elegidos!...

Esta vida de dolor empezó pronto para ella, porque fisica è intelectualmente, su precocidad fué grande. Contaba apenas once primaveras caando compuso sus primeros versos y tuvo que cambiar su traje de niña por el de la mujer. Con el se iban las alegrias de la infancia y llegaban los primeros cuidados, aquellos que asaltan á las jóvenes tan pronto se arriesgan en los senderos del mundo. ¡Y cuán amargos y tristes para los que, tocando apenas en los límites de la juventud, tienen ya que luchar con la tristísima realidad! Queda siempre en su corazon un no se sabe qué de vacio que nada llena. Esto tienen los prematuros desencantos: cuando se sintió todo su peso, jamás se olvidan. Pasará el mar sobre ellos, como dice el poeta, y no será capaz de borrar la mancha que los cubre.

Esto fué casualmente lo que sucedió à nuestra escritora: llevó siempre abierta la herida causada por los primeros

Los vientos de la desgracia, que tan rudamente se desataron contra ella, empezaron por apartarla de todo cuanto amaba, de su tierra, de su madre, de sus esperanzas, y hasta de los sueños bien modestos por cierto, posibles á una joven de provincias. En ella no quedaba ya en pié, en sus mejores años, sino la entereza de su alma y la bondad sin límites que la llena. La misma poesía que había encantado sus horas solitarias fué olvidada por completo: no parecia otra cosa, sino que se preparaba para la muerte, esperándola con la dulce voluptuosidad de quien sabe que solo así podrá escapar à las tribulaciones que le esperan.

Léjos de su casa y de los cuidados maternales, sufriendo como pecos las inclemencias del cielo madrileño, los intimos dolores que la afligian—y que so-lo podia hacer tolerables un blanco ra-yo de juventud,—lasincertidumbres que llenaban su alma sin horizonte ni esperanza, las tristezas de la ausencia, rindiéndola á su peso, la hirieron tan sin piedad, que hubo momentos en que pu-do esperar confiada que las horas ide su dolor serian breves, y que pronto las puertas de la eternidad se le abririan de

Y ¡cuanto tardaba esta hora de la suprema libertad!

De las seductoras promesas que una prematura juventud se habia complacido en desplegar ante sus ojos, no quedaba una sola que no hubiese levantado el vuelo y marchadose en busca de otras almas más felices en que hacer su nido. La realidad la heria con sus espinas; las asperezas de la vida con los desengaños en que son tan pródigas. A sus grandes tristezas se anadian los dolores materiales, las inacabables angustias que les son propias ylos acer-

bos tpresentimientos que engendran. Estas horas solitarias formaron su orazon v lo impregnaron para siempre de la profunda melancolia, que baña sus composiciones. Las musas necesitan tocar con sus alas la realidad; á este precio compraran siempre sus triunfos; mas jayl (ella podia muy bien pasarse sin tan amargo cáliz. Conozco cantos inmortales, dice el poeta, que son un puro gemido. La que amaba la severidad del alma y de los cielos, la que pedia tan solo paz y silencio, algunas primaveras mas, los horizontes de la patria, las rosas de sus campos, y los tornasoles de los mares de su pais, no merecia por cierto poder decir con tanta verdad como ella, que bajo sus rubios ca-bellos se anidaba el dolor.

Car sous mes cheveux blondes je connais la douleur (1)

El mismo cuidado que otros ponen en dejarse ver y conquistar un puesto en el mundo literario, puso ella siempre en escapar á sus vanos ruidos y peligrosas facilidades. Los versos que en horas de tristeza se escapaban de sus labios, eran olvidados al dia siguiente. Nadie los conocia. Fué necesaria una serie de circunstancias fortuitas para que algunas de esas composiciones traspasasen los límites del hogar y se diesen á la estampa. No la llevaba á tanto el mas pequeño entusiasmo, ni menos el amor que pudieran inspirarle las pobres hijas de su corazon y de sus horas solitarias. Porque desde los primeros pasos se habia dicho á si misma que ni buscaba la gloria ni la amabajen manera alguna. Así se comprende que, gracias á esa misma indiferencia, saliesen à luz sus primeras poesias, siendo manos agenas las que les prodigaron los cuidados que toda publicacion reclama de los autores. Ignorándolo, y

bien sin amor propio, dejólas ir á la ventura, sin cuidarse más de ellas, ni

pensar que pudiesen interesar à amiga alma, ni menos durar más allá de

lo que duran las rosas, sus hermanas en la hermosura y tambien en la brevedad

Y tenia razon! No porque aquellas bre-

de la vida. Asi lo deseaba al menos.

ves páginas no fuesen acreedoras á los elogics que, sin conocerá su autora, tuve el dulce consuelo de prodigarlas, sino por que no todas merecian los honores de la impresion. En su inesperiencia de la vida literaria, de la cual tan alejada se hallaba, no podia comprender que los primeros dones de la musa deben ser cuidadosamente preparados y escogidos por la mano del autor, pues deciden a veces de una vida, y rompen o afir nan una vocacion. Cualquiera al leer aquellos versos, sabiendo que su autora aun no habia cumplido veinte años, hubiera dicho que la atormentaban las ansias del aplauso público, cuando su libro era casualmente la prueba del ningun aprecio que hacia de tales cosas, y de lo lejos que se hallaba de creer que con él se abria el camino que debia conducirla á los triunfos que la aguardaban. Las ilusiones que sobre este punto pudiera abrigar se queda-ban a la puerta de la casa en que esperaba concluir sus dias sin ambicion, llenando los deberes de esposa, en una grata mediania y en un santo y perpetuo olvido. Tal vez pensaba que no les sobreviviria, gracias, ya á la muerte material que tan cerca de sí veia, ya á aquella otra gloriosa y que tantas mujeres de grandes dotes aceptan, el dia que entran en el hogar conyugal para ser su

La mala ventura de Galicia, que en masde una ocasion vió malograr sus mejores ingenios, no quiso por esta vez que enmudeciese aquella voz, ni se rompie-se aquella lira. Fué una desgracía para nuestra escritora?—Estoy tentado a creerlo así. Conservandose para su patria, se conservó asimismo para sus grandes infortunios.

No voy á contarios. Para qué? Un dia vino á formar conmigo el nuevo hogar y criar una familia. Desde entónces una es la voluntad y uno el amor bajo este techo visitado por cuantas adicciones pueden caer sobre las almas heridas perpetuamente. Solos nos dejó la madre que rida y solos tambien aquel hijo amadísimo, que no vivió más que el tiempo necesario para hacer en nuestro cora-zon, eterno el recuerdo, inconsolable la perdida. Entre estos dos sepulcros, todo un mundo de contrariedades. Breves los dias de sel, aladas las dichas, fugaces las alegrias, solo duraderos los rigores de la fortuna. Consuélannos los hijos que nos rodean, en cuyos ojos brilla ya un rayo de aquella inteligencia que con la sangre recibieron en el seno de su madre, y cuyo corazón parece formado con las mismas generosas fibras. Se refleja en ellos que prometen ser su corona de su ancianidad, consuelo de sus últi-

Una verdadera noche, reinaba en er cielo literario de Galicia. Los soldados andaban dispersos, los combates eran imposibles. De todo aquel rumor, de todas aquellas esperanzas nacidas al calor de la revolucion de julio, no quedaba más que un eco, una esperanza que vivia y se manifestaba en las columnas de Bl Miño, el periódico que de una manera más decisiva influyó en los desti-nos de nuestro país. En el se había refugiado cuanto conservábamos de viváz y fecundo, en él se reflejaba el espíritu de una generacion que parecía haber traido al mundo como única tarea, la de crear una nueva Galicia y fundar los górmenes de vida que este pueblo encierra. ¿Se perseguía un imposible? No es fácil decirlo, aunque por mi parte aseguro que nadie creía se mejante cosa. Tenian fe en la virtualidad de su obra: creían en sus milagros. El intentar la regeneracion à que se aspiraba, era una prueba de que se iba á algo sólido y durable. No se quería morir sin haber combatido en aquel especialisimo torneo, en que la dama de nuestros pensamientos era la pequeña pátria. Y pues todo lo que vive se resiste à la muerte, se aceptó la lucha, como una prueba de que aun viviamos.

Cada uno escogió su puesto, y nuestra escritora, que como la muger gala seguia a los suyos al combate, conociendo que podia, ayudarles, se colocó resueltamente en las primeras filas.

Como medio más eficaz de volver á la vida á un pueblo que á fuerza de desgra-cias apenas si tenía conciencia de si mismo, tratábase por todos de penetrar, en sus limbos é iluminarlos con aquel la luz necesaria, para que cuanto nos pertenece tomase cuerpo y fuese visible a los ojos de los demás. El pasado con sus sombras, el presente con sus dudas y desalientos, cuanto habia sido Galicia,

(1) Eraestine Drouet,-A un esceptique

no importándole, sin esperanzas y tam-